

Un viajero austriaco en México.
Los *Recuerdos* de Isidore Löwenstern (1838) *

MARGARITA PIERINI
Universidad de Buenos Aires, Argentina

A la memoria de Ignacio Osorio, maestro y amigo

En *La corte de Maximiliano* Victoriano Salado Álvarez reproduce la conversación que el futuro emperador de México sostiene en Miramar con el grupo conservador enviado para pedirle que acepte la corona. Ante las dudas del Habsburgo, los emisarios lo apremian para que no se deje influenciar por los infundios que diversos viajeros (como Thomas Gage, Mme. Calderón, De Fossey) cuentan sobre su país. Maximiliano les pregunta:

—¿Y es cierto que en una ocasión unos caminantes cogieron a un capitán de ladrones, lo entregaron, a falta de fuerza pública, al convento inmediato, y resultó que el fascineroso era nada menos que el guardián del convento?

—¡Jesús, María y José! ¡Qué horrores han contado a V. A.!

—No, no me lo contaron; lo leí en Lowernstein (*sic*).

—Sí, aléjese V. A. de esas lecturas...

* Realicé la investigación sobre este viajero para mi tesis de maestría en Letras Iberoamericanas en la UNAM, bajo la guía invalorable del Dr. Ignacio Osorio Romero. Algunos aspectos que desarrollo aquí formaron parte de esa tesis, publicada por la UAM-I en 1990. Anteriormente (1985) traduje la obra para el FCE, traducción que hasta la fecha se mantiene inédita.

—Sí, ya comprendía yo que ese luterano no había de tener razón...¹

En su novela, escrita en los primeros años del siglo xx,² Salado Álvarez pone en boca de Maximiliano varios errores al referirse a este viajero maldiciente: en primer lugar, cita mal su apellido; segundo, lo cataloga como luterano; y tercero —y fundamental— le atribuye la autoría de un pasaje que no aparece en ninguna parte del texto de Löwenstern.

¿Quién es este escritor al que, sesenta años después de publicada su obra sobre México, se le cuelgan milagros ajenos?

RETRATO DE UN DESCONOCIDO: EL CONDE ISIDORE LÖWENSTERN

Se trata, por cierto, de una figura escurridiza, y la tarea de conseguir datos sobre él implicó un trabajo que tuvo mucho de rompecabezas, hasta ir armando —con datos encontrados aquí y allá— un trazado biográfico más o menos completo.

Su libro sobre México³ tuvo, al aparecer en 1843, una considerable repercusión en el país, del que ofrece un retrato sumamente negativo. En ese sentido, forma parte de una lista bastante extensa de obras —contemporáneas entre sí— que pintan el pasado, y sobre todo el presente de México, con los más negros colo-

¹ Victoriano Salado Álvarez, *La corte de Maximiliano*, v. IX de sus *Episodios nacionales*, México: Ed. Málaga, 1945, p. 52.

² La segunda serie de los *Episodios nacionales*, a la que pertenece esta novela, se publicó entre 1903 y 1906. Cf. José Emilio Pacheco, "Tiempo viejo y tiempo nuevo", en su columna "Inventario", *Proceso*, núm. 443, 29-4-1985, pp. 52-53.

³ *Le Mexique. Souvenirs d'un voyageur*, par Isidore Löwenstern, auteur de *Les Etats-Unis et la Havane*, Paris, Arthus Bertrand, Libraire-Editeur; Leipsick, Léopold Michelsen, Libraire, 1843. He podido localizar tres ejemplares en México: uno en el Fondo Reservado de la Biblioteca Samuel Ramos, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; dos en la Biblioteca Nacional de México —uno de los cuales perteneció a José María Lafragua, como manifiesta el *ex libris* grabado en la portadilla; el otro tiene una dedicatoria de puño y letra del autor: "À Son Excellence, Monsieur le Comte Maurice de Dietrichstein, comme hommage du profond respect et humble dévouement de l' Auteur".

res, y apuntan sombríos pronósticos sobre su porvenir. (De ahí, probablemente, la equivocada “cita” de Salado Álvarez: Löwenstern no cuenta esa anécdota, pero sí muchas con contenidos similares, y que tratan de provocar en el lector de su tiempo el efecto que, en la ficción, ésta causara en Maximiliano.)

En el catálogo de The Library of Congress,⁴ donde se mencionan algunas obras de Löwenstern, se da como fecha de su nacimiento el año de 1810; el de su muerte aparece con un interrogante: “1858 or 59?”. Resulta bastante extraño que este último dato figure como dudoso, tratándose de un hombre que, según se asienta en la portadilla de su libro *Les Etats-Unis et la Havane*,⁵ es “caballero de la Orden Hospitalaria y Militar del Santo Sepulcro y miembro de la Sociedad Geográfica y Etnográfica de París”, además de autor de dos volúmenes de viajes y de varios folletos citados tanto en el NUC como en el catálogo de la Biblioteca Nacional de París. No se trata, pues, de un hombre oscuro, o tan remoto en el tiempo como para que resulte difícil determinar la fecha de su muerte.

Tampoco resulta claro el año de su nacimiento. En la hoja de desembarco que llena en Veracruz, como todos los pasajeros del navío que lo trae a México —la *Sylphide*— en febrero de 1838, declara tener 32 años, lo cual nos llevaría a datar su nacimiento hacia 1806. Esta ambigüedad cronológica, evidentemente, no tiene mayor trascendencia para la obra en sí. Pero la señalo para destacar las dificultades con que me topé al buscar las primeras informaciones sobre el autor.

El primer rastro me lo proporcionó Felipe Teixidor, que en su documentadísimo prólogo a las cartas de Mme. Calderón⁶ cita un artículo de Luis Martínez de Castro —bajo su seudónimo “Mala Espina y Bien Pica”— aparecido en el *Liceo Mexicano* en 1844, es

⁴ Washington, NUC (National Union Catalogue).

⁵ *Les Etats-Unis et la Havane*, par M. Isidore Löwenstern, Chevalier de l'Ordre Hospitalier Militaire du Saint-Sépulcre, membre des Sociétés Géographique et Ethnologique de Paris; Paris: Arthus Bertrand Libraire-Editeur; Leipsick, Léopold Michelsen Libraire, 1842.

⁶ Felipe Teixidor, “Prólogo” a Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una estancia de dos años en ese país*, México, Porrúa, 5ª ed., 1972.

decir, apenas un año después de publicado *Le Mexique*. Martínez de Castro destaca precisamente la silueta oscura y, según él, sospechosa, de este viajero de procedencia ignota y filiación “bastarda”. (Indignado y dolido por los juicios arbitrarios e indefectiblemente negativos de Löwenstern sobre México, Martínez de Castro —que, cabe acotarlo, *no* había leído el libro, sino sólo los fragmentos traducidos por el general Tornel—⁷ suelta su fértil imaginación para derramar sobre el autor cuanto vituperio se le cruza por la mente; como resultado, hace de él un verdadero personaje de novela romántica.)⁸

Para trazar la biografía de Löwenstern me he valido en buena medida de datos aportados por el propio autor —siempre parco, lamentablemente, al hablar de sí mismo—, de algunas referencias indirectas, tomadas de autores contemporáneos, y de los escasos documentos encontrados en el Archivo General de la Nación y en el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

En 1993, Clementina Díaz y de Ovando publicó un interesante trabajo sobre el libro de Löwenstern en el volumen de homenaje al Dr. Juan Antonio Ortega y Medina.⁹ La autora aporta una serie de datos biográficos que permiten completar el perfil de nuestro viajero. La información está tomada de la *Biographie Universelle Ancienne et Moderne* de J.-Fr. Michaud, que comenzó a publicarse en París en 1854: “Nació en Viena, Austria, en 1807. Era de familia israelita y bien situada económicamente, por lo cual pudo efectuar su viaje a América”.¹⁰

⁷ José María Tornel, “México o las Memorias de un viajero: por Isidoro Löwenstern, autor de ‘Los Estados Unidos y La Habana’. Un tomo en 4º en francés, impreso en París por Arturo Bertrand”, *El Museo Mexicano*, t. 2, 1843, Sección Bibliografía, pp. 241-255.

⁸ Cf. ‘Mala Espina y Bien Pica’ (L. Martínez de Castro), “Isidoro Lowenstern y sus memorias sobre México”, *El Liceo Mexicano*, t. 1, 1844, pp. 18-21.

⁹ Dentro de la valiosísima producción dedicada a los viajeros europeos en México por este gran investigador y maestro de investigadores, lamentablemente no hay ningún estudio dedicado a Löwenstern.

¹⁰ Clementina Díaz y de Ovando, “Isidoro Löwenstern: su visión sobre México (1838)”, en Amaya Garritz (ed.), *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, México: UNAM, 1993, p. 362.

Löwenstern pertenecía probablemente a una familia noble: en algún momento hace referencia a la admiración —poco republicana, dice irónicamente— de los norteamericanos frente a un título nobiliario;¹¹ y en el oficio enviado por el ministro de Guerra de México, general Morán, al comandante general de Guanajuato, fechado el 27 de julio de 1838, se le ordena que proporcione una escolta “al conde Isidoro Lowenstern”.¹²

Lo primero que sabemos de este viajero es que, después de viajar por gran parte de Europa, decide visitar Oriente, en compañía de su esposa. Parte en febrero de 1836 para recorrer Turquía, Siria y Egipto, cuyas lenguas afirma conocer.¹³ Cruza el Mediterráneo para dirigirse a Grecia y regresa a Viena a principios de 1837. El 2 de julio de ese mismo año inicia —esta vez solo— su viaje alrededor del mundo. Se embarca en Londres rumbo a los Estados Unidos, adonde llega el 8 de septiembre de 1837. Recorre la zona occidental, visita las cataratas del Niágara, que lo deslumbran, el sur de Canadá —donde satisface su “indiomanía” (*sic*) asistiendo a un baile de indios hurones—¹⁴ y finalmente se embarca en Nueva Orleans rumbo a Cuba.

En Washington había sido presentado al presidente Van Buren por un viejo conocido de los latinoamericanos: “M. Poincett” (*sic*), ministro de guerra, “un hombre sumamente distinguido, cuyo trato [le] resultó muy agradable”.¹⁵

Permanece pocos días en Cuba, los suficientes para visitar una plantación de azúcar —lo cual le dará pie para comparar, en su libro sobre México, las ventajas y desventajas del trabajo libre o esclavo— y prodigar alabanzas al Capitán General de la Isla, el general Tacón, el “hombre *firme y severo*” que en tres años hiciera de La Habana un lugar “seguro, tranquilo y sano”.¹⁶

¹¹ *Les Etats-Unis et la Havane*, p. 148.

¹² Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, Exp. 5-1-7648, 1838.

¹³ *Les Etats-Unis...*, p. 186.

¹⁴ *Ibid.*, p. 115.

¹⁵ *Ibid.*, p. 209.

¹⁶ *Ibid.*, p. 334; la traducción en todos los casos es mía, lo mismo que los subrayados. Acerca de la represión ejercida por el general Tacón sobre los habi-

El 8 de febrero de 1838 llega a Veracruz. En el AGN, Ramo Marítimo, se encuentra la hoja de desembarco donde, como los demás pasajeros de la *Sylphide*, hace constar su edad (32 años), estado civil (casado), profesión (comerciante) y nacionalidad (austriaco).

Su estancia en el país —de febrero a diciembre de 1838— durante la segunda presidencia de Bustamante, coincide con la ruptura de relaciones con Francia y el bloqueo de los puertos del Golfo. La actividad que desarrolla durante este período es bastante oscura. Se atribuye la profesión de *comerciante*, pero no hay mención en su obra —ni en los documentos que he encontrado— de que realmente se desempeñara como tal. Solamente hace referencia, durante los escasos días que pasa en Veracruz, a las cartas de recomendación que trae para los comerciantes del puerto, cuya acogida lo defrauda por completo (dándole oportunidad, de paso, para iniciar la larga serie de vituperios contra el mexicano, de cuyos amables ofrecimientos, dice, siempre hay que desconfiar). Más adelante se referirá a la acogida —ésta, muy cordial— que le dispensan en Tepic los representantes de una de las casas comerciales más importantes de la época: Barron y Forbes.

Lo que sí manifiesta claramente en su obra es su afición por las antigüedades. Dedicar numerosos y detallados capítulos a sus recorridos y “descubrimientos” por diferentes sitios arqueológicos, así como al Museo Nacional (cap. 8). Como es sabido, el interés por las diversas muestras del arte prehispánico había cobrado auge en Europa particularmente después del viaje de Bullock al México recién independizado; el viajero inglés reunió una abundante colección que fue expuesta en el Museo Británico. Sus sucesores prosiguieron con la sana costumbre de apropiarse de cuanta estatuilla prehispánica entrara en sus alforjas. Löwenstern no es la excepción: en su texto menciona que, gracias a la amabilidad de un joven compatriota, Theodore Bahre, pudo hacer embarcar directamente hacia Europa “sus colecciones”, en lugar de llevarlas consigo durante su periplo alrededor del globo. Junto con diversos objetos prehispánicos, se lleva también la espada de Pedro de

tantes de la isla poseemos, entre otros, el testimonio del escritor cubano Cirilo Villaverde, desterrado por sus ideas independentistas. Pero, para los ojos de Löwenstern, esta figura “fuerte” es obviamente digna de elogio.

Alvarado, procedente del convento de Santo Domingo, y comprada, según dice, casi a precio de hierro viejo.¹⁷

Después de recorrer —como todos los viajeros de la época— los alrededores de la ciudad de México, Löwenstern se pone en marcha hacia Mazatlán, para embarcarse hacia la China. Las tormentas de otoño hacen que la partida se demore varias semanas debido a que el *Griffon*, la nave donde se encontraba ya su equipaje, se estrella contra las rocas durante un huracán. El dramático episodio cierra novelescamente la narración. La *Conclusión* presentará una síntesis de los puntos de vista del autor sobre México y su pronóstico para el país.

Una carta del propio Löwenstern aparecida en 1841 en el *Bulletin de la Société de Géographie de Paris*¹⁸ da cuenta del resto de su viaje. El 23 de diciembre abandona México rumbo a las islas Sandwich, donde explora varios volcanes. Luego se dirige a China, pero, ante las dificultades para desembarcar en Cantón —“único lugar por entonces abordable para los extranjeros”¹⁹ debido a la guerra del opio— continúa rumbo a las islas Célebes; después, bordeando el continente africano, cruza el Cabo de Buena Esperanza, hace un breve alto en la isla de Santa Elena —donde visita la tumba de Napoleón, cuyos restos serán trasladados a Francia un año después—,²⁰ y desembarca en Dover el 15 de noviembre

¹⁷ Zamora Plowes, en una de las abundantes notas que ilustran su novela *Quince Uñas y Casanova aventureros*, apunta: “Un viajero, Lowenstein (*sic*) refiere que en el mercado de *El Volador* compró una espada que había pertenecido a Pedro de Alvarado, el conquistador” (México: Ed. Botas, 1945, t. 1, p. 306). Otro novelista que extrae de Löwenstern material para su relato; pero también en este caso cabe preguntarse si lo ha leído o sólo lo conoce por referencia indirecta ya que, para empezar, equivoca el apellido y, sobre todo, porque Löwenstern nunca menciona el lugar donde compró la (presunta) espada del conquistador. Sólo dice que “procede de ese monasterio [Santo Domingo]” (p. 114).

¹⁸ Resumida por A. Montémont en *Voyages nouveaux par mer et par terre, effectués ou publiés de 1837 à 1847 dans les diverses parties du monde*, Paris, A. René, 1847, t. 1, pp. 238-241.

¹⁹ *Ibid.*, p. 240.

²⁰ Cabe destacar la atracción que ofrece para nuestro viajero la figura de Napoleón, a pesar de ser monárquico recalcitrante, y a pesar de que su propio

de 1839, “habiendo realizado la vuelta al globo en dos años y tres meses”.²¹

De regreso a su patria se dedica —de acuerdo con los datos hallados— a la labor científica: es nombrado miembro de la Sociedad Geográfica y Etnológica de París y escribe, además de sus dos libros de viajes, una serie de artículos sobre temas de arqueología. Poco después “volvió a viajar y fue durante una estancia en Constantinopla que murió el 6 de mayo de 1856”.²²

Pocos años más tarde, encontramos el testimonio de otro viajero, Michel Chevalier, lamentándose de la “prematura muerte” de Löwenstern que lo arrebatara “a la ciencia y a sus amigos”.²³

EL VIAJERO Y SU OBRA

Como la mayor parte de los viajeros, Löwenstern no es un escritor profesional; y si bien se siente obligado —también, como muchos viajeros— a trazar los *recuerdos* de su vuelta al mundo, cesa allí su actividad literaria. Lo demás serán artículos sobre arqueología del Medio Oriente, publicados en revistas especializadas.²⁴

El volumen dedicado a México es el más extenso de su producción. Sus dos libros de viajes (que comparten el subtítulo, poco original por cierto, de *Souvenirs d'un voyageur*) tuvieron como editor a Arthus Bertrand, “librero de la Sociedad de Geografía y de la Sociedad Real de Anticuarios del Norte”, de prolífica labor editorial durante la primera mitad del siglo XIX. Buena parte de su

país tuvo que sufrir numerosas humillaciones por parte del emperador de los franceses. Podría verse en este rasgo —que comparte con muchos contemporáneos suyos— lo mismo que en su admiración por Cortés, una faceta característica del romanticismo: la atracción que sobre el “hombre común” ejerce la figura del “genio”.

²¹ Montémont, *op. cit.*, p. 241.

²² Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 362.

²³ Michel Chevalier, *Le Mexique ancien et moderne*, Paris, 1863.

²⁴ La bibliografía de Löwenstern que puede consultarse en el *Catalogue Général des livres imprimés de la Bibliothèque Nationale* o en el NUC (Washington) consta de nueve títulos (dos libros y siete artículos).

producción está dedicada a relatos de viaje,²⁵ lo cual —dejando de lado su presumible interés personal por el tema— habla de su olfato editorial, ya que se trata de un género que convoca en esa época a un público ávido de ampliar los horizontes de su imaginación, sin arriesgarse demasiado en los peligros que implica todavía el desplazarse hacia tierras lejanas. Albert Montémont, en su obra ya citada (*Voyages nouveaux...*), un texto en cinco volúmenes que continúa la labor iniciada con su *Histoire universelle des voyages* (ésta en ¡46 volúmenes!) expone las causas del notable interés de los lectores de la época frente a los libros de viajes:

[Estos] unen al atractivo de la novela la instrucción de la historia; recrean nuestro espíritu a la vez que lo iluminan con la descripción de los lugares visitados y de sus habitantes. Viajar es aprender a conocer, a comparar, a juzgar y a volverse mejor; es poner la inteligencia en relación con la de otros pueblos; es acrecentar la esfera de las ideas y prepararse para el porvenir una multitud de goces inagotables; es penetrar cada vez más en las infinitas maravillas de la naturaleza, y en los secretos aún más infinitos del corazón humano.²⁶

Es patente, todavía (aunque se trata de un libro publicado en 1847) la huella del pensamiento de la Ilustración en esta pretensión de indagar en la naturaleza y en el espíritu humano; de conocer otras culturas, tan válidas y respetables como la propia; y de ser fiel, por último, al precepto clásico (*prodesse et delectare*) uniendo en la lectura el placer con la enseñanza.

Sin embargo, pocos son ya los viajeros que ponen en práctica esta filosofía. Como señala Bitterli,²⁷ el siglo XIX se caracteriza por una “involución” del humanismo ilustrado, que hace entendible, por ejemplo, que no se alzarán voces de protesta ante la conquista

²⁵ Es el editor, entre otros textos, de *Les Pérégrinations d'une paria*, de Flora Tristán (1843) y del *Facundo* de D. F. Sarmiento, traducido y “enriquecido con notas” por A. Guiraud (1853).

²⁶ Montémont, *op. cit.*, pp. 10-11.

²⁷ Urs Bitterli, *Los “salvajes” y los “civilizados”. El encuentro de Europa y Ultramar*, México: FCE, 1982, p. 533.

de Argelia por los franceses (y, agregamos nosotros, ante las expediciones punitivas que el mismo régimen de Luis Felipe envía a México y al Río de la Plata, por dar sólo dos ejemplos casi contemporáneos entre sí).

En general los viajeros europeos que llegan a América en el siglo XIX no vienen impulsados por ese espíritu filosófico propio de la Ilustración que plantea la igualdad de razas y culturas. El polo dominante —en lo económico y en lo cultural— está en Europa. Ella es la que debe derramar las luces de la *civilización* sobre los remotos territorios que aún no gozan de sus beneficios. Toda cultura se juzga, así, de acuerdo con el lugar que ocupa respecto de esa cultura dominante.

Existe, en consecuencia, toda una literatura de viajes denigradora de una realidad americana que sus autores observan a través de la lente de sus prejuicios. Altamirano denunciará, una y otra vez, esta visión deformada,²⁸ y alertará sobre el peligro de que sea ésa la única vía por la cual se conozca a México en el resto del mundo occidental. Dentro de su prédica por la creación de una literatura nacional, señala el importante lugar que deben ocupar los relatos de viaje, para que los propios escritores del país digan al mundo: “Así somos en México”.²⁹

Antes de seguir adelante con la obra de Löwenstern, vale la pena ceder la palabra a un contemporáneo suyo, que parecería tener entre las manos precisamente el texto que aquí presentamos cuando escribe la introducción de su libro *Le Mexique*. Se trata de Mathieu de Fossey, a quien quizás no pueda clasificarse propiamente como un viajero sino más bien como un colonizador, ya que vivió más de 20 años en México, a donde llegó en 1831 como integrante del grupo que intentara crear una colonia francesa en Coatzacoalcos. Dice de Fossey:

²⁸ “Casi todos los viajeros nos han calumniado, desde Lovenstern y la Sra. Calderón, hasta los escritores y escritoras de la corte de Maximiliano, que especulan con la curiosidad pública, vendiéndola sus sátiras menipeas contra nosotros” (*Revistas literarias de México*, 1868, p. 16).

²⁹ *Ibid.*, p. 15.

Para pintar con veracidad un país nuevo, no basta detenerse en él algunas semanas; hay que dedicar largo tiempo a esa tarea. Se la llevará a cabo con tanto mayor éxito cuanto más completamente nos despojemos de nuestros prejuicios de nacionalidad. Pero en verdad parece que la mayoría de los viajeros del viejo continente que visitan el nuevo mundo procuran aportar consigo, como parte esencial de su equipaje, sus prevenciones nativas, sus ideas preconcebidas, sus juicios previos. Denigradores natos y con opiniones ya formadas frente a todo lo que ven por primera vez, no perdonan nada que se les presente bajo una forma que no les resulte familiar. Sus hábitos y su educación europea son un obstáculo a su independencia de pensamiento, y no pueden juzgar sanamente a hombres y cosas de la tierra extranjera. Su propia nacionalidad les fascina; y es de muy buena fe, la mayor parte de las veces, que son injustos y denigrantes, al no saber tomar en cuenta las diferencias que crea entre los pueblos la diversidad de origen y de raza, y sobre todo el clima, al que Montesquieu otorga con razón tanta influencia sobre las costumbres. En una palabra, esos observadores superficiales y prevenidos difícilmente llegan a convenir en que se puede hallar ingenio, razón, heroísmo y virtudes en un pueblo que no habla su lengua y se viste diferente. Esto trae a la memoria la graciosa ocurrencia de Montaigne acerca de los salvajes presentados en Ruán al rey Carlos IX, que se expresaban de la manera más sobria y sensata: "No, no hablan tan mal, pero ¡no usan calzas!"³⁰

La visión que critica de Fossey es, como ya señalé, demasiado frecuente entre los viajeros europeos que visitan estas regiones. En esto, Löwenstern es sólo un integrante más de un vasto grupo que llega a tierras extrañas provisto de arraigados prejuicios, y se limita a "corroborarlos" con la realidad conocida durante su viaje. De las obras de estos autores puede extraerse toda una serie de tópicos que se reiteran en el género durante la primera mitad del siglo XIX: la influencia del clima sobre los habitantes (invariablemente negativa, si se trata del clima tropical), la nefasta herencia de la Colo-

³⁰ Mathieu de Fossey, *Le Mexique*, Paris, Plon, 1857, pp. v-vi. La traducción de este fragmento es mía; pueden consultarse otros capítulos en el excelente libro de Margo Glantz, *Viajes en México. Crónicas extranjeras*, México: Sep-80, 1982, 2 t.

nia española, la perniciosa influencia del catolicismo sobre las masas, la corrupción de los gobernantes, la apatía de criollos e indios, el atraso de las costumbres, las fatigas y peligros que debe afrontar el viajero entre gentes hostiles, los beneficios que una educación a la europea puede aportar sobre todo a las clases dominantes... La lista es larga.

¿Qué es, pues, lo que hace destacable a este viajero, tan leído y criticado en su momento, y más tarde sepultado —o casi— en el olvido? En primer lugar, el hecho de ser el representante más extremo (hasta llegar casi a lo risible) de la crítica negativa sobre México entre los viajeros de su época; en segundo lugar, su condición de vocero de una ideología tendiente a instaurar en México una monarquía europea (proyecto que se llevará a cabo veinte años después de la publicación de su libro).

LOS PROPÓSITOS DEL VIAJERO

Ortega y Medina, en su prólogo a las *Cartas sobre México* de C. C. Becher³¹ clasifica en tres grupos a los viajeros que llegan al país durante el siglo XIX: diplomáticos, artistas y comerciantes. Löwenstern, como ya se señaló, se ubica a sí mismo en la tercera categoría, pero parece hacerlo exclusivamente para cubrir una formalidad de tipo burocrático. Tampoco se revela como un artista ni un diplomático. ¿Simplemente un hombre de clase acomodada que se dedica a recorrer el mundo y a escribir sus “impresiones de viaje”?

Los primeros lectores mexicanos de Löwenstern se plantearon también esta pregunta y aventuraron diversas hipótesis sobre los motivos que lo llevaron a un ataque tan encarnizado contra México. José María Tornel, en el artículo ya citado, lo califica de “apóstol descubierto de las ideas y doctrinas monárquicas (...) pagado tal vez por algún soberano del Norte de Europa”. Martínez de Castro retoma y enfatiza esta hipótesis: “Claro está que Löwen-

³¹ C.C. Becher, *Cartas sobre México; la República Mexicana durante los años decisivos de 1832 y 1833*, trad., notas y prólogo de Juan A. Ortega y Medina, México, UNAM, 1959, p. 7.

tern espera, y obtendrá probablemente de su gobierno [Austria] alguna muestra de agradecimiento por el rabioso empeño que manifiesta en que la Europa nos haga una visita”.³²

Según esta perspectiva, se trata de un escritor mercenario que llega a México provisto de una hipótesis (todo país que se gobierne por un sistema republicano está necesariamente destinado al desastre), hipótesis que demostrará con su obra, la cual luego se apresurará a ofrecer a las monarquías más reaccionarias de Europa para que la utilicen en servicio de sus fines imperialistas.

No disponemos de ningún elemento que nos permita coincidir con Tornel y Martínez de Castro al atribuir a Löwenstern el rol de escritor mercenario. Se nos presenta, más bien, como un representante de su clase y de un pensamiento profundamente conservador, monárquico-absolutista y católico ultramontano.³³ Partiendo de esta ideología sin fisuras, arma el plan de su libro, que se abre con una introducción donde enuncia su propósito: trazar el “cuadro de costumbres” del país, sin inquietarse por coincidir o no “con los sistemas y opiniones de otros autores”. Desde las primeras páginas expone con toda claridad su tesis:

Es Europa la que, al oprimir a estos países en los siglos en que reinaba la ley del más fuerte, aportó los gérmenes de sus males presentes. Es solamente Europa la que puede y debe intervenir para hacer cesar un estado deplorable, contrario al espíritu de una época ilustrada en que el deseo de los soberanos y los pueblos es la felicidad del mundo (p. viii).

Los treinta capítulos que abarca la obra ponen en escena ese “estado deplorable”, que conduce al país en forma inminente hacia el caos, o, peor aún, a caer en manos de los Estados Unidos. La conclusión retoma la hipótesis inicial, reafirmando: sólo un sis-

³² Martínez de Castro, art. cit., p. 20.

³³ Es posible suponer que perteneciera al sector de judíos austriacos conversos; así lo demuestra su pertenencia a la Orden del Santo Sepulcro. Lo que resulta patente a través de sus juicios sobre la Iglesia en México es su adhesión a los principios del catolicismo más conservador.

tema monárquico —como el propuesto en el Plan de Iguala— “puede constituir *la base de salvación para México*” (cursivas del original).

Löwenstern comparte con otros viajeros (como Brantz Mayer, por ejemplo) la convicción de encontrarse perfectamente capacitado para trazar, no sólo un diagnóstico del país, sino hasta una especie de decálogo infalible para lograr su prosperidad. Mayer suaviza un tanto este rasgo haciendo inteligentemente la salvedad de que “acaso no esté bien que [...] tras una breve estadía en el país [se] ponga a insinuar ideas concernientes al modo como ha de regenerarse”.³⁴ Löwenstern, en cambio, se siente tan seguro de la validez de sus juicios que no considera necesaria ninguna justificación para emitir conceptos como los siguientes: “En México, es la depravación de una nación entera lo que irrita; es el completo desfreno de hombres incapaces de gobernarse a sí mismos lo que espanta” (p. vii). Por este tipo de afirmaciones tajantes se lo consideró en su tiempo como el ejemplo más extremo de la crítica negativa sobre el país, despertando reacciones indignadas (Tornel, Martínez de Castro), o satíricas. Como ejemplo de esta última puede leerse un texto de Haro y Tamariz, quien —a pesar de que los años lo llevarían a compartir y a poner en práctica buena parte de las tesis de Löwenstern— no deja de burlarse de su suficiencia. En la “Exposición que Antonio de Haro y Tamariz dirige a sus conciudadanos, y opiniones del autor sobre la monarquía constitucional”³⁵ expresa al llegar a la “Conclusión”: “Sin convertirme en juez de la sociedad europea, porque ni mi experiencia ni mis luces son bastante claras para decidir con el magisterio de Mr. de Löwenstern al hablar de la nuestra, he querido citar personas competentes” [en apoyo de sus afirmaciones]. Resulta evidente el tono zumbón del autor al confrontar sus modestas “luces” con el “magisterio” con que dictamina el austriaco.³⁶

³⁴ Brantz Mayer, *México: lo que fue y lo que es* (1844), prólogo y notas de Juan A. Ortega y Medina, México-Buenos Aires: FCE, 1953, p. 454.

³⁵ París: Imprenta de H. Fournier y Cía., 1846.

³⁶ El Prof. Jan Bazant, de El Colegio de México, me facilitó la consulta de este texto —incontrable en bibliotecas— al que hace referencia en su libro *Antonio Haro y Tamariz y sus aventuras políticas*, México, 1985.

MÉXICO ANTE LOS OJOS DEL VIAJERO

Todo escritor de viajes parte de una serie de esquemas preestablecidos, ya sea para reafirmarlos o para negarlos. Löwenstern no es una excepción: más bien una de las características de su obra es que, sin representar ciertamente una de las cumbres del género, reúne y sintetiza muchos de estos preconceptos.

Antonello Gerbi, en su documentadísimo y apasionante estudio *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*,³⁷ rastrea el proceso que sigue el pensamiento europeo sobre América a lo largo de la Ilustración y el siglo XIX. Gerbi elige como hilo conductor las teorías de Buffon sobre la naturaleza americana, retomadas luego por el abate de Paw. Teorías que abrumaban a todo lo americano con la condena de una supuesta inferioridad, y que, como se sabe, despertaron en las conciencias criollas una apasionada reacción de protesta, dando pie a numerosos textos que buscaban dar un mentís a esas teorías.

Esta “inferioridad” de lo americano, que se refleja supuestamente en todas sus manifestaciones (desde el suelo hasta las razas que lo habitan, pasando por plantas y animales) es uno de los presupuestos que están en la mente de los viajeros europeos, aun varias generaciones después de Buffon.³⁸

Otro tópico que se encuentra en ellos —consecuencia “lógica” de lo anterior— es la incapacidad del americano para la creación: son excelentes imitadores, de ahí su habilidad para las artesanías, por ejemplo; pero no se puede esperar nada *original salido* de sus manos. Un prejuicio ya desmentido por Clavijero en su *Historia antigua de México*: “Muchos, concediendo a los mexicanos una grande habilidad

³⁷ México: FCE, 2ª ed., 1982. Gerbi analiza varios pasajes del libro de Löwenstern sobre los Estados Unidos; lamentablemente no hace ninguna mención al volumen sobre México, que le hubiera resultado tan útil como el anterior para indagar en la evolución del pensamiento europeo sobre América, y para nosotros hubiera constituido un material inapreciable.

³⁸ Löwenstern, por ejemplo, menciona que la región vecina a Mazatlán está “poblada por panteras y leones [...] de raza pequeña, en nada comparables con los del viejo mundo”. Igualmente los toros mexicanos que ve en una corrida “no son tan fuertes ni tan feroces como los de Europa”.

para la imitación, se la niegan para la invención. Error vulgar que se ve desmentido en la historia antigua de la nación”. Y en una nota justifica esta apreciación: “Las artes que ejercían los mexicanos, especialmente sus obras de fundición y de mosaico de pluma, convencen de que su genio no es tan infeliz como se piensa para la invención”.³⁹

A estos prejuicios, que tienen carta de ciudadanía en todos los viajeros europeos, hay que agregar los que trae cada uno por separado, de acuerdo con su nacionalidad, su cultura, su clase.

Löwenstern proviene de un país germánico, que en un momento dado —gracias, en buena medida, a las expectativas abiertas por Humboldt— vio en América, y en México en particular, el “cuerno de la abundancia” que tras la emancipación de España se abrió a la explotación de nuevas potencias europeas, más industrializadas que la metrópoli. Brígida von Mentz de Boege ha analizado la evolución de esa visión sobre México, y la decepción ante el fracaso de las compañías mineras que, entre otros factores, no pudieron soportar la competencia de las inglesas.⁴⁰ Este “fracaso”, que también señalan otros viajeros germánicos, como Becher, hace que la visión sobre México se vuelva aún más negativa. A la vez, en el caso de Löwenstern, se manifiesta una mezcla de admiración y hostilidad hacia los empresarios ingleses que, ellos sí —al menos hasta ese momento, como no deja de acotar nuestro viajero— han sabido sacar provecho de las explotaciones mineras. Frente a esta realidad, Löwenstern apela a los fisiócratas para recomendar insistentemente que se vuelvan los ojos hacia el cultivo de la tierra, abandonando los fatales espejismos de la riqueza minera de estos países, que han llevado a la ruina a tantas familias europeas.

A diferencia de los viajeros anglosajones, Löwenstern defiende en todo momento a la Iglesia en México, como factor que asegura el orden social. Sus críticas, en todo caso, apuntarán a lo que considera un peligroso sincretismo entre las creencias cristianas y las prehispánicas —demasiado toleradas por el clero, según él, en nombre de un afán evangelizador mal entendido (cap. IX).

³⁹ Francisco X. Clavijero, “Carácter de los mexicanos y demás naciones de Anáhuac”, *Historia antigua de México*, México: Porrúa, 1945, t. 1, pp. 165-172.

⁴⁰ Brígida von Mentz de Boege, *México en el siglo XIX visto por los alemanes*, México: UNAM, 1980.

Pero el factor más determinante para su visión del país es su fe monárquica y su convicción de que es el único sistema que puede redimir a México. De ahí su crítica al sistema republicano, en general, y a la historia contemporánea de México, en particular.

El panorama que traza Löwenstern sobre México abarca tanto el pasado prehispánico y colonial como el presente republicano —oscilando entre el federalismo y el centralismo—, para proyectarse hacia un futuro sobre el cual se atreve a trazar un pronóstico.

1. *El pasado*

La historia antigua de México es un tema que apasiona a todos los viajeros, quienes por lo general llegan ya provistos de un bagaje de lecturas previas. Son de rigor las referencias a Cortés y Bernal Díaz; en ocasiones también se alude a Solís, Clavijero, Alzate, Humboldt. En el caso de Löwenstern, por tratarse de un hombre con aficiones arqueológicas, su interés por indagar en las antigüedades mexicanas se manifiesta reiteradamente en el texto. Aunque la exploración de los monumentos prehispánicos ya se había iniciado de manera “científica” en el siglo XVIII, aún permanecían desconocidos infinidad de sitios arqueológicos. Y sobre todo se mantenía en el misterio —aunque era objeto de debate, en el que Löwenstern participa con sus propias teorías (cap. XIX)— el origen de esos monumentos. La aparente similitud entre las pirámides prehispánicas y las egipcias hacía que algunos investigadores remontaran a las segundas la filiación de las primeras.

Vale la pena recordar que en ese momento son los extranjeros los que muestran mayor interés por esta faceta de las culturas americanas. Como ya se señaló, el propio Löwenstern embarca hacia Europa sus colecciones de objetos prehispánicos. En algunas ocasiones menciona dónde los ha obtenido —en Teotihuacán, por ejemplo—; otras veces guarda reserva. En algún caso se queja de la “necedad” de los indígenas que se niegan rotundamente a venderle “sus ídolos” o “sus antiguos manuscritos” (p. 179), lo cual hace que se vea disminuido el *botín* que pretende llevar a su tierra (el término, muy revelador, pertenece al propio viajero).⁴¹

⁴¹ “Esta parte de la antigua ciudad [se refiere a la zona cercana a la Basílica] es la única en que el anticuario puede todavía hallar algún botín” (p. 258).

Löwenstern no se dedica a trazar la historia de los pueblos que habitaron México antes de la llegada de los españoles, como hacen otros viajeros. Pero al describir algunos objetos que contempla en el Museo Nacional (piedra de los sacrificios, tira de la peregrinación de los aztecas, genealogía de los reyes hasta Moctezuma) deja entrever que conoce su significado.

Es más explícito al hablar de la Conquista, sobre la que ha hecho lecturas que cita textualmente. Cortés es una figura que cobra una dimensión heroica en su relato, donde llama la atención la frecuencia con que se lo menciona, como veremos más adelante.

Al presentar la Conquista y la dominación subsiguiente, Löwenstern muestra cierta dualidad. Por un lado, ese puñado de hombres heroicos, audaces, que conquistan un territorio densamente poblado de enemigos, le despierta admiración. La evangelización es presentada como un hecho beneficioso para la masa entregada al culto de divinidades crueles y de aspecto “monstruoso”. A la vez, no deja de señalar que la conquista se dio al precio del aniquilamiento de millares de indígenas. En su visión de la obra colonizadora de la Metrópoli se mezclan la evocación melodramática de estereotipos acuñados por la Leyenda Negra (como su referencia a Felipe II, el hombre que “ordenaba sus destinos [los de América] desde el fondo del Escorial”, p. 81) con la crítica de un pensamiento ilustrado contra la cortedad de miras de España al sofocar el desarrollo económico de sus colonias (prohibición de cultivar la vid y el olivo) y poner trabas al desarrollo de las ciencias en sus posesiones de ultramar. Sin embargo, en definitiva aprueba la labor de la Corona, y sus errores, cometidos “de buena fe”, le parecen menores ante la “catástrofe” que ve producirse a partir de la Independencia.

Recordemos que la Independencia se había consumado hacía menos de veinte años, tras una guerra desoladora que Löwenstern, atinadamente, califica de “civil”. El viajero puede contemplar los estragos producidos en el país, sobre todo en las zonas rurales, e incluso encontrarse “un cañón de 18” semienterrado ya en la cima de una montaña.

Löwenstern no traza un panorama histórico de las guerras de

independencia;⁴² lo que sí hace, ocasionalmente, es relatar algún hecho de armas, como la batalla del Puente de Calderón (1811), expresando claramente sus simpatías por el bando realista: a la táctica y a la sagacidad de Calleja opone la indisciplina de las masas indígenas que siguen a Hidalgo. Pero no deja de reconocer que lo que finalmente decide la victoria es un hecho fortuito —el incendio del polvorín de los insurgentes.

En esa batalla muere uno de los jefes realistas, el conde de la Cadena. Es significativa la manera como Löwenstern relata el episodio: destaca la valentía del conde que se arriesga solo entre las filas enemigas, para caer en una emboscada donde lo enlazan y lo deshacen “cien armas diferentes”. Está implícita aquí la confrontación entre una forma “civilizada” de pelear (la del noble) y una forma “bárbara” (la de los indios). Esta última, condenada finalmente a la derrota, aunque antes hayan podido victimar a una figura tan ilustre como la del conde.

2. *El presente*

Löwenstern cierra la descripción de su estancia en la capital con un capítulo —“Hombres de Estado y militares célebres”— dedicado a los personajes más destacados del presente o del pasado inmediato. Los agrupa en dos bandos: *hombres de orden* y *hombres de la anarquía* —lo que equivale, según su ideología, a conservadores y liberales. Los primeros, obviamente, son objeto de alabanza o en todo caso de una crítica comprensiva: sus acciones “equivocadas” son siempre fruto de malos consejos, y en última instancia pueden llegar a encauzarse por el buen camino.

Destaca en este primer grupo Agustín de Iturbide, objeto de numerosas referencias a lo largo de la obra. La figura de Iturbide era (y es) una figura polémica. El propio Löwenstern refleja este debate que durante su visita a México se encontraba en uno de sus momentos más álgidos. Coincidiendo con la orientación conser-

⁴² Como sí ocurre en la obra de Becher, quien dibuja una breve semblanza de ese período en sus cartas; en este caso, en un relato dirigido a sus hijos. Vale la pena recordar que Becher, a diferencia de Löwenstern, tiene un pensamiento liberal (Becher, *op. cit.*, pp. 129-133).

vadora del gobierno de Bustamante, los restos del ex emperador, después de una pomposa ceremonia fúnebre, fueron enterrados en la Catedral. Los periódicos de la época atestiguan las enconadas opiniones que se vierten en favor o en contra de su rehabilitación.⁴³

El retrato que Löwenstern traza de Iturbide es ambiguo: lo acusa de traidor, de cruel, de ambicioso, de *parvenu*. Pero también lo califica de valiente y audaz, y lo asocia con Napoleón, con lo cual lo inviste de un signo positivo. La figura de Iturbide cumple una doble función en el texto: por un lado, se lo erige en paradigma de las víctimas de la ingratitud de un pueblo tan “inconstante” como el mexicano —una de las tantas acusaciones con que el viajero abruma el carácter nacional—. En segundo lugar, se rescatan de su Plan los aspectos que coinciden con la causa monárquica y se lo presenta como el precursor del gobierno más apropiado para México.

Un personaje que también aparece repetidas veces en el relato es Lucas Alamán. Es conocida la labor del estadista en favor de la industrialización del país, y el apoyo que para ello brindó a las empresas extranjeras. Löwenstern, que recibe una amable acogida de su parte, destaca sus cualidades y su obra infatigable tanto en el campo de la economía como de la cultura y la beneficencia. Y acota finalmente que “cansado de bogar en medio de la anarquía” en 1838 ocupaba “puestos menos aparentes” y se dedicaba “a la difícil tarea del desarrollo de la industria en su patria” (p. 286).

A las figuras de los conservadores contraponen el retrato de los liberales (“el partido democrático”). Aunque no están en el gobierno, señala, trabajan para recobrar el poder, ya sea agitando las pasiones del pueblo, o en francos “pronunciamientos”, como el de Urrea (octubre de 1838), en pro de la restauración del sistema federal. Gómez Farías y Gómez Pedraza son pintados con los más

⁴³ Las ceremonias se efectuaron del 24 al 27 de octubre de 1838 (*El Cosmopolita*, núm. 92, 24-X-1838). Löwenstern ya no se encontraba en la capital, pero debe haber sido testigo de las discusiones previas a este suceso. Recordemos su amistad —o al menos sus relaciones— con Alamán, que no podía dejar de tener parte activa en este debate.

negros colores. Del primero (que había regresado en febrero de ese año de su exilio en los Estados Unidos, en medio de una recepción triunfal por parte de la mayoría de la población)⁴⁴ dice que es nada menos que “un revolucionario de la escuela del Terror”, aunque no presenta ninguna prueba en apoyo de tan dramática afirmación.

El general Santa Anna no puede estar ausente en el marco de lo que Alamán denominó precisamente “la era de Santa Anna”. Löwenstern lo llama “jefe de pretorianos” y presagia —cosa bastante sencilla de hacer, ya que escribe cuando se ha realizado su profecía— que se convertiría en dictador. En lo que se equivoca es en augurar que, llegado al poder, su reinado “sólo podría ser temporal”.

3. *El futuro*

Dotado de la mirada “sagaz” que se arrojan estos viajeros sobre el mundo americano, Löwenstern apunta en varios momentos de su obra, y los sintetiza en la “Conclusión”, los dos caminos que ve abrirse ante México: uno de ellos conduce a la ruina, el otro a la salvación. De seguir el rumbo presente (es decir, un gobierno republicano, débil, sujeto a los embates de los enemigos internos —los demócratas— y a la presión de potencias que se presentan como amigas, para encubrir sus intenciones de dominio —los Estados Unidos—) México camina hacia la anarquía total, que tendrá, entre otras consecuencias, la de convertirla en súbdito (en “paria”, dice Löwenstern) del ambicioso vecino. Pero México no merece esa suerte; de ahí la fe del viajero en que elegirá la segunda opción: volver al “principio monárquico” para el que su historia lo determina; abandonar las tendencias que lo inclinan hacia los principios republicanos —cuyos efectos positivos aún están por verse, incluso en su vecino del Norte— y volver los ojos hacia Europa, llamada a redimir al país de esos mismos males. El remedio puede llegar por vías un tanto rigurosas: Löwenstern no desaprueba las intervenciones armadas (es más, justifica totalmente la de Francia en 1838). Pero no se necesita, dice, buscar demasiado lejos: en la pro-

⁴⁴ Cf. la crónica de *El Cosmopolita*, núm. 22, 21-II-1838.

pia historia reciente de México se encuentra la solución. Aquellos a quienes “interesa la felicidad de esta región” deben acudir a los primeros artículos del Plan de Iguala para trazar los futuros destinos de México: es decir, imponer un gobierno monárquico, con un candidato procedente de una dinastía europea.

Idea que, al ser compartida por un importante sector de la clase dominante mexicana, se concretará pocos años después en el efímero gobierno de un Habsburgo.

VIAJE Y DISCURSO LITERARIO

La estructura de la obra

En un artículo sobre la estructura del relato de viajes, Alain Niderst⁴⁵ enumera cuatro formas posibles: el *diario*, redactado durante el mismo viaje; el *relato*, compuesto una vez concluido el periplo y que por lo tanto supone una síntesis; la recopilación de *ensayos*, que reúne imágenes aisladas pero vinculadas por un hilo conductor; y la *ficción*, que utiliza el viaje como materia narrativa.

Löwenstern elige la forma del *relato* para contar su viaje alrededor del mundo. Parece lógico suponer que haya llevado una libreta de notas para consignar los datos que expone en su obra, pero en ningún momento hace referencia a lo que constituiría la “materia prima” del texto.

Como señala Niderst, una de las características del *relato* de viaje es la síntesis que implica. Están descartadas las impresiones momentáneas, fugaces, que quizás se contradigan con las de la víspera o las del día siguiente. El texto se presta para una visión global, para ofrecer una reflexión más profunda sobre los hechos, para sacar conclusiones y aventurar pronósticos desde la perspectiva del presente. Se presta también para complementarlo con elementos obtenidos en lecturas posteriores, y, sobre todo, para analizar la experiencia vivida a través de la luz que da el tiempo transcurrido.

⁴⁵ A. Niderst, “Les récits de voyage”, en Bernard Beugnot (ed.), *Récits, voyages et imaginaire. Actes de Montréal*, Paris-Seattle-Tubingen, 1984, pp. 45-52.

En las páginas iniciales de su libro, Löwenstern menciona explícitamente la fecha en que se encuentra escribiendo su “obrita” (así la define): el 26 de mayo de 1842. Han pasado, pues, casi cuatro años desde su partida de México. En el país han ocurrido diversos acontecimientos (levantamientos de Santa Anna, regreso al federalismo) que le permiten agregar elementos al cuadro que ha trazado sobre México: no para alterarlo, sino para ratificar su diagnóstico y presentar de manera aún más acuciante la necesidad de tomar medidas “curativas”.

El hecho de elegir la forma del relato implica también una elección más cuidadosa del material narrado. Hay hechos decantados por el tiempo, anécdotas que escapan a la memoria o que a la luz del presente ya no se consideran significativas, y por lo tanto se omiten, dejando lugar sólo a las que se perciben como ejemplares o tipificadoras.

De acuerdo con la modalidad del género de viajes, el hilo del discurso está dado por un itinerario, que se desarrolla siguiendo una cronología. El viaje en el espacio es necesariamente un viaje en el tiempo. Pero varía, según los viajeros, la importancia otorgada al registro minucioso de lugares y fechas. Algunos privilegian uno de estos elementos, y dejan de lado el otro. Löwenstern, por ejemplo, es cuidadoso en la enumeración de lugares por los que va pasando —a veces simples caseríos, pero que en medio de la soledad de la sierra debieron representar para el viajero la tranquilidad de alcanzar la meta anhelada: un techo y algún alimento. En cambio, con frecuencia deja de lado la mención de las fechas en que cubre sus distintos itinerarios, y hasta llega a asentarlas equivocadamente.

Su estancia en México se extiende a lo largo de diez meses, aunque esta duración se debe a razones ajenas a su voluntad. Tanto el mes que pasa en Tepic como los dos meses en Mazatlán obedecen a la espera de un tiempo favorable para la navegación por el Pacífico; son por lo tanto etapas de inmovilidad, y a ello se debe que el relato de sus experiencias en esos lugares sea muy breve, y por demás superficial. No es difícil imaginar a Löwenstern encerrado en su residencia de turno, atento sólo a las noticias sobre los acontecimientos que pueden demorar o acelerar los siguientes pasos de su viaje.

Su itinerario puede dividirse en tres etapas:

1. Llegada a México (por Veracruz) y viaje hacia la capital (un mes).
2. Estancia en la ciudad de México y recorridos por algunos puntos cercanos (cuatro meses).
3. Viaje hacia Mazatlán y partida de México (cinco meses).

Corresponde a la segunda etapa la parte más extensa de la obra, que es también la parte medular. Allí cambia el ritmo de la narración. Tanto la primera como la tercera parte se caracterizan por un ritmo más ágil, en el que el tema del viaje y de los sufrimientos que implica, así como el papel de descubridor que el viajero se arroga, ocupan un lugar destacado. En la segunda parte, en cambio, predomina la descripción. Se presentan las características generales del país —visto desde el centro político—, se analizan el sistema de gobierno, las personalidades de la política y la cultura, la legislación y el estado de la educación, entre otros, y se traza el retrato del “ser mexicano”.

LA PERSPECTIVA TEMPORAL

Como ya se ha señalado, transcurren cuatro años entre el viaje de Löwenstern a México y la redacción de su obra. En diversas ocasiones el autor hace referencia al tiempo transcurrido y a diversos acontecimientos posteriores a su viaje, como la nueva presidencia de Santa Anna o la muerte de su amigo, el general Cortazar. Estas referencias nos permiten observar el sostenido interés de Löwenstern por el país visitado, sobre el cual sigue reuniendo información después de su partida.

La marca del tiempo transcurrido también se hace notoria en las transformaciones que opera la memoria sobre la historia vivida. Un pasaje resulta particularmente significativo. En el comienzo del capítulo XXVIII (“Mazatlán. El *Pronunciamiento*”) Löwenstern recapitula lo acontecido durante su viaje: los peligros a que se ha visto expuesto, a la vez que la riqueza de la experiencia reunida. Partiendo de la vivencia del *yo* se remonta a una reflexión generalizadora: “Así es el viajero, así es el marino: olvidan penas y peligros, sólo sueñan con volver a encontrarlos y encuentran solaz en el recuerdo de sus tormentos pasados” (p. 420).

En estas páginas Löwenstern se muestra bastante contradictorio con sus propias opiniones vertidas anteriormente. Si bien reafirma lo que ha dicho en numerosas ocasiones —lo peor del viaje no son las dificultades naturales sino “la depravación de los habitantes” y su odio al extranjero— se extasía ahora ante la naturaleza tropical —“tan bella en su desorden”— aunque antes la tachó de monótona, “triste” y “despojada de los encantos de la variedad” (p. 233). Al mismo tiempo, traza una pintura poco menos que idílica de esos indios “en estado natural”, casi desnudos, columpiándose todo el día en sus hamacas... mientras su mujer se fatiga trabajando “junto al simple techo que les sirve de morada” (p. 421). (No hay la menor ironía en Löwenstern al presentar este contraste, que seguramente no veía como tal.) Pocas páginas antes había trazado un cuadro sombrío de esa forma de vida: las chozas miserables, el aspecto desagradable de sus habitantes y la “indolencia” sin igual de los hombres... que no se levantan de sus hamacas (p. 396).

Esta aparente contradicción puede justificarse desde dos perspectivas: en primer lugar, la historia, teñida por los matices de la evocación, pierde sus aristas más ásperas; la memoria opera una transformación sobre lo vivido:

El recuerdo metamorfosea lo real, o más bien presenta su verdad. Del viaje sólo quedan algunas horas de infinita profundidad. [...] Es decir, que toda literatura es una “búsqueda del tiempo perdido”, que sólo se lo recobra transfigurado. [...] El relato de viajes no es, pues, la descripción pintoresca de un Allá excitante y colorido; es simplemente un esfuerzo por suprimir el tiempo, y, como toda literatura, debe mentir primero para decir la verdad.⁴⁶

En segundo lugar, estas páginas finales parecen corresponder —una vez más— a los clichés de los libros de viajes. El lector europeo espera ver reafirmadas sus ideas sobre ese “paraíso salvaje” que es América. Una visión absolutamente negativa —como la que hasta aquí, salvo raras excepciones, ha presentado Löwenstern—

⁴⁶ A. Niderst, art. cit., p. 52.

los defraudaría. Estas evocaciones, por lo tanto, tienen también mucho de concesión a ese lector. De ahí que resulten un tanto postizas las exclamaciones de admiración ante el “deslumbrante plumaje” de los pájaros tropicales, ante los “insectos relucientes”, “las abundantes mariposas de vivísimos colores” y “las praderas esmaltadas de flores tan variadas como desconocidas para el europeo” (p. 421): pájaros, insectos, mariposas y flores de los que jamás hizo mención a lo largo de su itinerario.

VIAJE Y AUTOBIOGRAFÍA

Toda autobiografía es, en cierto sentido, un viaje en el tiempo y en el espacio: fundamentalmente, el espacio interior que se recorre con la memoria. Viaje y autobiografía comparten un punto de partida: el *yo* como sujeto de la enunciación. Pero en el caso de la autobiografía ese *yo* es a la vez el sujeto y el objeto de la observación, la materia de lo narrado. Lo que ocurra a su alrededor, por trascendente que sea en el plano histórico, siempre estará mediado por ese *yo* que lo devuelve transformado a través de la propia vivencia. En el caso del libro de viajes, en cambio, este *yo* es el sujeto que observa, analiza, juzga; pero su objeto es exterior a sí mismo: es la región o las regiones visitadas. De ahí que en la mayor parte de los casos el autor del libro se despoje —en la medida de lo posible— de su subjetividad, y las referencias a su propia persona pasen a segundo plano.

Por lo general, los viajeros europeos llegados a América en el siglo XIX son muy parcos al hablar de sí mismos. Los datos que poseemos sobre ellos provienen en gran parte de otras fuentes. Sólo en algunos casos —cuando eligen la forma epistolar— se hace presente lo personal, lo íntimo: en Becher, por ejemplo, cuyo texto está constituido por cartas a su esposa; o en Mme. Calderón, que escribe para su familia y sus amigos. Löwenstern es también en este aspecto sumamente representativo de la actitud general. La presencia del *yo* es constante en su obra, presencia reforzada por el lugar destacado que ocupa el pronombre, como inicio de su obra y de varios capítulos de la misma. Y sin embargo, es muy poco lo que dice de sí.

En todos los casos en que se habla de un *yo* se produce un desdoblamiento: el *yo* que ha vivido una experiencia es y no es el mismo que la está narrando. Puede escamotear(se) datos de esa experiencia tanto frente a sí como frente a su público. En el caso del *yo* del relato de viajes, además de ese inicial desdoblamiento, se produce otro fenómeno. El *yo* se recorta, por así decirlo, asume sólo una parte, un aspecto del *yo* total: se reviste exclusivamente de su función de viajero. De ahí esta aparente paradoja: a lo largo de las 400 y tantas páginas de un libro en el que constantemente escuchamos la voz de un *yo*, sabemos muy poco del emisor de esa voz.

Este personaje tiene, por supuesto, un pasado. Pero, tal como se nos presenta, es un pasado muy cercano, encerrado en los límites del viaje. Cuando Löwenstern hace referencia a algún recuerdo, éste se relaciona con Oriente o los Estados Unidos, los lugares recorridos un año o dos antes del presente de su historia. No hay ninguna mención a su familia; y si en algún caso se refiere a su tierra natal es por asociación con una persona encontrada a lo largo de su viaje (el posadero hamburgués, en Veracruz; el joven Bahre, que se encarga de despachar sus colecciones a Europa).

Tampoco habla de sus expectativas para el futuro más allá de las fronteras fijadas por su viaje. Las referencias al "mañana" se limitan a los pasos subsiguientes en su trayectoria: cruzar el Pacífico, llegar a las Sandwich y posteriormente a China. Allí se cierra toda visión del futuro. Ninguna mención al "regreso a Itaca". Es como si el viajero dejara de existir (aun como persona) al perder su conciencia de tal.

Dentro de este mismo espacio autosuficiente y hermético que constituye la vivencia del viaje, cabe apuntar otro rasgo característico. Como en todos los viajeros, frente a la realidad desconocida se busca un parámetro ya conocido para clasificarla, ubicarla en un orden previo, ya sea por contraste o por semejanza, para así poder asimilarla. En el caso de Löwenstern, cuando compara lo que ve casi indefectiblemente con otra realidad conocida durante su viaje: Oriente, en la mayoría de los casos;⁴⁷ Estados Unidos, en

⁴⁷ Por ejemplo al hablar de las viviendas, de los monumentos prehispánicos, de la paisaje o de la fisonomía de los habitantes.

algunas ocasiones.⁴⁸ Excepcionalmente el término de comparación es la realidad europea.⁴⁹

Al mismo tiempo, el narrador se inventa como personaje, en un proceso que ofrece diferentes facetas a lo largo de la obra. Para empezar, tiene conciencia de que encarna un sujeto ya definido por el género de viajes, y puede llegar a ironizar sobre ese *cliché* —algo excepcional en Löwenstern, en quien la ironía o la burla se descargan normalmente sobre el objeto de su observación (en este caso, México y los mexicanos)—; pero alguna vez llega a burlarse de la avidez de descubrimientos que late en todo viajero. Cuando, en un pueblo en la ruta a Mazatlán, “viendo la atención que prestaba a los objetos de historia natural” le acercan un animalito desconocido, se siente lleno de felicidad —“¡Había hecho un descubrimiento!”—, y se pone a buscar afanosamente nombres griegos o latinos para eternizarlo en la taxonomía animal. Decepción: del hocico del animal salen unos sonidos demasiado conocidos, que lo llevan a clasificarlo en la categoría de *porcorum genus*: se trataba simplemente de un pequeño jabalí.

Pero esta actitud es excepcional. El personaje que crea el narrador se caracteriza por ser profundamente serio, responsable, valiente, hasta heroico.

Al final del cap. XXI, describiendo su primero —y frustrado— intento de entrar en Querétaro por la noche, se cataloga a sí mismo como viajero turista,⁵⁰ por oposición con el viajero comerciante (más diestro, dice, en sobornar a los “cancerberos” de la aduana). Se erige así en observador desinteresado, en hombre que dispone de los medios para “flanear”, como diría Sarmiento, en este caso alrededor del globo.

⁴⁸ Al comparar virtudes y defectos de mexicanos y norteamericanos (Prefacio), o los bosques de ambos países (p. 395).

⁴⁹ Cuando habla de la prostitución, más “discreta” en México que en Europa (p. 151).

⁵⁰ La palabra apenas se estaba incorporando al vocabulario general. Según el *Petit Robert*, el término aparece en francés en 1816, procedente del inglés *tourist* (1800). En un texto bastante posterior (*Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla [1870]) el término se utiliza todavía en inglés (“las opiniones de los *tourists*...”). Desconozco cuándo tomó carta de ciudadanía en castellano.

Pero no hay pasividad en esta *flânerie*. Por un lado, es el viajero atento a los detalles prácticos, que ejerce una función docente sobre futuros visitantes de la región: desde el señalamiento de los arrecifes peligrosos en el puerto de Veracruz, hasta la minuciosa y muy prosaica enumeración de precios y calidades de artículos locales e importados.

Por otro lado —y aquí empieza a transformarse en personaje novelesco— el viajero enumera en cuanta ocasión se le presenta los peligros que debe arrostrar en su peregrinación. Es infaltable la referencia a los bandidos —amenaza real, por cierto, en esa época y aun en décadas posteriores (pero que, por otra parte, no puede estar ausente del relato, para no defraudar a los lectores). A los bandidos “anónimos”, siempre al acecho sobre el camino real, se suman los “peligrosos” criados y arrieros, en cuya lealtad nadie puede confiar. Son una amenaza aun cuando se les trate bien; pero si se les regaña, son absolutamente temibles. En una interesante gradación se enumeran sus (posibles) fechorías: al amo lo engañan, lo roban, lo asesinan (si pueden): hay de ello “muchos ejemplos”. Löwenstern no da ninguno en todo el libro, pero no es necesario: su público ya conoce, por lecturas previas, bastantes casos ilustrativos como para poder evocarlos por sí mismos.

También la naturaleza representa un peligro. Otra vez el *cliché* de la salvaje naturaleza americana: ríos desbordados y torrentosos, hondos precipicios, barrancas que caen a pique, tormentas desatadas, noches lóbregas, animales salvajes, fiebres tropicales que en un dos por tres acaban con el viajero. Frente a la descripción de estos peligros —que se acumulan sobre todo durante el trayecto de Guadalupe a Mazatlán— surge una figura intrépida, valerosa, incansable. Se adelanta a las malas intenciones de sus criados y los desarma con su astucia; soporta estoicamente leguas y leguas a caballo por montañas escarpadas; cruza sin pestañear, en frágiles embarcaciones, los ríos más peligrosos. El viajero exalta su propia valentía, a la vez que se autocompadece. Tras enumerar las penalidades sufridas en el trayecto a Mazatlán, señala que todavía le faltaba lo peor: “Yo debía beber el cáliz hasta las heces” (p. 418). Su personaje no es sólo el de un hombre entregado a la aventura, sino que se desliza hasta asociarse con la figura del Cristo sufriente.

Löwenstern va todavía más lejos en la creación de su yo narrati-

vo. Se identifica con un modelo del pasado ilustre y se crea una estatura de héroe. En este caso, el modelo es Cortés, un personaje evocado en todos los relatos de viajes sobre México, pero quizás nunca en forma tan reiterada como en la obra del austriaco.

Es casi inevitable en los relatos de esta época recordar al conquistador: cuando el viajero pisa las costas de Veracruz; cuando, llegando de Puebla, contempla a sus pies la ciudad de México; al recorrer la calle de Tacuba. Pero además de estas menciones obligadas, en Löwenstern aparecen muchas otras referencias a Cortés. Cita textualmente sus *Cartas de Relación*; su recorrido por la ciudad de México tiene, entre otros objetivos, la búsqueda de las huellas del “piadoso héroe” (p. 119). En la descripción de la ciudad aparece en primer término la referencia al famoso Puente de Alvarado; en su visita al Museo Nacional, los objetos ante los que se detiene largamente son el estandarte de Cortés y su retrato junto a Carlos V. Allí mismo aprovecha la ocasión para echar una ojeada al proceso que se le siguió al conquistador por orden de la Corona.

Junto al dato escueto, Löwenstern puede alcanzar logrados momentos narrativos cuando trae a escena la figura de su héroe; así, al recorrer los alrededores de Cholula e imaginar el episodio ocurrido tres siglos atrás en esos mismos campos; en la evocación de la batalla de Otumba; en la patética descripción de la huida de Cortés durante la Noche Triste. En otro momento, su contemplación ante el retrato de Cortés en el Hospital de Jesús se traduce en un pasaje con ecos de lecturas clásicas donde se reflexiona sobre la fugacidad de las glorias del mundo:

Cortés está representado de pie, completamente armado, salvo la cabeza, cuyos cabellos grises atestiguan tanto una edad avanzada como las preocupaciones que agobiaban por entonces a ese hombre extraordinario. La fisonomía presenta un aire de melancolía y descontento. En los ojos, que aparecen errantes, ya no se encuentra aquel fuego que debería dejar traslucir el carácter de ese héroe homérico, en quien el valor y la perseverancia se aliaban con el ingenio más sutil; sólo se ve la imagen de un hombre quebrantado por trabajos y pesares, en quien los recuerdos de una vida ilustre no han dejado más que un sentimiento de disgusto por las vanidades humanas (pp. 119-120).

Junto con la admiración romántica por el “pobre aventurero de Medellín” que por sus solos méritos llegó a la cumbre de la riqueza y de la fama, es claro en Löwenstern el afán por identificarse con la figura del héroe de la conquista. Se siente reencarnándolo cuando desembarca en las playas de este Nuevo Mundo; y más allá de la referencia explícita a los lugares que ambos pisaron —con tres siglos de por medio— esa identificación está siempre latente en el discurso. Viajar, aquí, equivale a descubrir. De este modo, el viajero no es sólo un hombre dotado de capacidad de observación y dotes literarias: es un hombre inserto dentro de una tradición de descubrimiento. Es al mismo tiempo descubridor, conquistador y cronista. Ciertamente, está consciente del tiempo transcurrido y de las circunstancias por lo general absolutamente diferentes de las que vivió Cortés.⁵¹ No deja de marcar una y otra vez el contraste entre aquel pasado “glorioso” y este presente decepcionante. Pero la fuerza de la ilusión es muy grande. Y aunque el viajero se burle un poco de sí mismo al comparar la entrada triunfal de Cortés en la ciudad de Moctezuma, montado en su brioso caballo andaluz, con su propia entrada, en una prosaica diligencia difícilmente convertible en materia épica, el momento cobra una especial dimensión en el relato (p. 53).

EL VIAJERO COMO NARRADOR

Un libro de viajes es, esencialmente, un libro descriptivo: se trata de fijar en la imaginación y en la memoria del lector una serie de elementos hasta entonces desconocidos. Para ello se recurre a la acumulación de rasgos caracterizadores que a través de la semejanza o de la oposición con lo conocido van conformando una imagen captable y asimilable para la mente del lector. Con esta intención, en los libros de viajes se repiten las descripciones de

⁵¹ Aunque en alguna ocasión refuerza el paralelismo señalando que el maltrato que recibe como extranjero tiene las mismas raíces y las mismas manifestaciones que el que se les brindó a Cortés y sus hombres (episodio de Cholula, cap. III).

paisajes, ciudades, edificios, fisonomía y vestimenta de los habitantes de los diversos grupos sociales, cultivos, minas, etcétera.

La descripción va intercalada con pasajes narrativos. En algunos casos, porque así lo exige la estructura de la obra, basada en un itinerario geográfico y cronológico a la vez: hay que dar cuenta de esos desplazamientos. En otros casos, la descripción deja paso al relato costumbrista: desde una tertulia o una función de ópera hasta la modesta tarea de fabricar tortillas son “espectáculos” diferentes, y por ello materia de interés para la crónica del viajero. Löwenstern comparte estos rasgos, y en su texto no pueden dejar de aparecer los obligados cuadros de una corrida, una procesión, un paseo por la Alameda, o la infaltable pintura de la fabricación del pulque.

Nuestro viajero no es un escritor profesional; sin embargo, hay que reconocerle bastante talento narrativo, que asoma en ciertos pasajes donde se deja llevar por el interés o el patetismo de la escena. Me limito a un ejemplo: el “cordónazo” que provoca efectos devastadores en el puerto de Mazatlán, en los últimos días de octubre de 1838. Abandonando el tono general de la obra —descriptivo e informativo— aquí crea un verdadero micro-relato, donde se manejan diversos recursos literarios: descripción del paisaje; trazado de personajes —incluso con una breve referencia a su historia anterior, como en el caso del capitán Little—; manejo de la antítesis —día claro y sereno / noche tormentosa—; uso de la ironía trágica —el capitán promete al narrador llevarlo un día a visitar el Crestón, la roca donde habrá de estrellarse su barco—; presagios funestos —los sueños del narrador—; muerte heroica del capitán, que, en la mejor tradición de los marinos, se hunde con su nave; y, para concluir, un remate truculento: nunca se encontró su cuerpo, porque “los tiburones fueron su tumba” (p. 454).

LA ANÉCDOTA EJEMPLAR

Dentro de esta veta de narrador, hay que destacar otro recurso frecuente en Löwenstern: el uso de la anécdota con función ejemplarizadora —otra constante de los libros de viajes: la encontra-

mos ya, por ejemplo, en la obra de Thomas Gage, donde se utiliza para demostrar lo corrompido de la sociedad novohispana bajo el yugo de la corona española.⁵²

Por lo general, la anécdota ejemplar pretende ilustrar al lector sobre una característica del pueblo al que se está “retratando”, a fin de ponerlo en guardia por si alguna vez se le ocurre visitar la región; o para hacerlo regodearse en su buena conciencia, de manera que pueda decirse con íntima satisfacción: “En cambio *nosotros* no somos así”.⁵³

En la mayor parte de los casos, esas anécdotas han sido protagonizadas por el narrador o por algún conocido suyo; es decir, vienen de una fuente “insospechable”, de manera de quitar todo asomo de duda sobre su veracidad. Sin embargo, con frecuencia esas anécdotas “verídicas” remiten a otras ocurridas en lugares y tiempos muy distantes, lo cual las vincula con formas pertenecientes al imaginario colectivo antes que con sucesos reales. Un ejemplo: Löwenstern refiere un episodio protagonizado por Iturbide durante la guerra de Independencia. El que era por entonces uno de los principales jefes realistas toma prisionero a un cura insurgente, amigo suyo. Cenar juntos, evocan recuerdos de juventud... y al día siguiente el cura es pasado por las armas. Una anécdota muy similar —con las variantes del caso— es relatada por Ricardo Palma en la tradición “Comida acabada, amistad terminada”, donde después de cenar juntos en santa paz el conquistador Carvajal manda dar garrote a su amigo Hurtado.⁵⁴

⁵² Es inolvidable el episodio protagonizado por el pobre obispo de Chiapas durante la visita de Gage a esa región. Las damas de la alta sociedad, en venganza porque el prelado les había prohibido hacerse servir en la iglesia, en plena misa, toda clase de refrigerios, le dieron a beber una taza de chocolate... envenenado. Cf. Thomas Gage, *Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales* (1648), México: SEP-FCE, 1982, cap. XVI.

⁵³ Un ejemplo entre muchos: Becher señala que en México, para protegerse de los bandidos, sólo se puede viajar “en caravanas suficientemente fuertes. *Tout comme chez nous!*, es lo que podría exclamar un italiano o un español. ¡Una expresión que nosotros los alemanes no conocemos!” (*op. cit.*, p. 66).

⁵⁴ Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas*, México: Porrúa, 1980, pp. 25-26.

En la obra de Löwenstern aparecen once episodios que pueden clasificarse dentro de esta categoría que denomino “anécdota ejemplar”. Como señala el propio autor, cada una podría llevar un título —una forma más de destacar la autonomía que llegan a adquirir dentro del texto, con el cual, a la vez, están íntimamente ligadas, puesto que contribuyen a reafirmar las tesis expuestas en forma teórica. Estas anécdotas varían en extensión: desde las más breves, que ocupan de ocho a diez líneas (la de rigor sobre los bandidos, la riña entre un cochero y un cargador) hasta la más extensa (la lucha entre el toro mexicano y el tigre francés). A veces se insertan dentro del capítulo; por ejemplo, en medio de una descripción de costumbres. Pero las más logradas literariamente aparecen como remate de un capítulo, que se cierra así de manera novelesca (la anécdota del jugador que pierde toda su fortuna; el robo del equipaje de Löwenstern a manos de sus criados; el episodio del inglés y el ladrón).

Löwenstern, evidentemente, realiza una selección dentro del abundante material anecdótico recogido durante su viaje, que reduce a unos pocos ejemplos. La intención es transparente: estas anécdotas refuerzan el objetivo de toda la obra —señalar y enjuiciar los defectos de esta sociedad. El viajero se erige en moralista: “Los errores de un hombre o sus vicios, mucho más frecuentes que sus virtudes, ofrecen un campo muy vasto, pero muy triste de recorrer” (p. 145). Y a riesgo de “ser condenado por develar la verdad” se dedica a mostrar con dedo acusador esos vicios y esos errores. A través de la serie de anécdotas que presenta se va perfilando su retrato del mexicano: cobarde, fanfarrón, inculto, rebelde a las leyes, poco sincero, despreocupado, jugador, ingrato, ladrón... Cada una de las anécdotas apunta a un blanco bien definido. Y para redondear la enseñanza que se propone dar, no olvida exponerla también en forma conceptual, al comienzo o al final del relato. En tal sentido, el episodio del “toro mexicano y el tigre francés” merece ser destacado como una de las anécdotas más representativas, a la vez que la más rica a nivel narrativo.

El espectáculo de la lucha entre un toro y un tigre de Bengala, realizado el último domingo de abril de 1838 —ya iniciado el bloqueo de Veracruz por la armada francesa— fue leído por el público como una contienda heroica donde el invasor extranjero se en-

frentaba contra el pueblo mexicano. La victoria del toro se convirtió, por lo tanto, en augurio del triunfo nacional. Sin embargo, el narrador, con una mirada de más largo alcance, expondrá el desenlace definitivo —la muerte del toro— llevándolo también al plano de la analogía. Concluido el combate en la plaza

el héroe, digno de mejor suerte, sucumbió a sus heridas, y el campeón de los franceses, el tigre, gracias a su buena naturaleza, salió sano y salvo. Cuatro meses más tarde, fue tomado San Juan de Ulúa y aceptado el ultimátum.

Así terminó la historia del toro mexicano y el tigre francés.⁵⁵

CONCLUSIÓN

La obra de Löwenstern, publicada en 1843, tuvo un fuerte impacto entre sus lectores mexicanos, como atestiguan las indignadas reseñas de Tornel y Martínez de Castro, así como las frecuentes alusiones de Altamirano y otros contemporáneos. Después cayó casi totalmente en el olvido.

No es el espejo más fiel, por cierto, para conocer el México de mediados del siglo XIX. Pero también los espejos deformantes pueden ayudar a percibir algunas aristas de la realidad. Más allá de su cuestionable rigor histórico, el libro de Löwenstern ofrece otras múltiples lecturas: la visión del “civilizado” sobre el “bárbaro”, los

⁵⁵ Pp. 172-173. En *El Cosmopolita* (5/5/1838) aparece un editorial dedicado a reflexionar sobre el mismo episodio relatado por Löwenstern, aunque, evidentemente, desde una óptica muy distinta. Pero también aquí se extraen conclusiones. En este caso, por tratarse de un periódico opositor, el editorialista, aunque aprueba que “sea considerado como feliz presagio el triunfo que consiguiera el toro mexicano sobre el tigre de Bengala”, critica acerbamente el que el gobierno autorice “esos espectáculos sanguinarios y horrosos que estremecen a la naturaleza misma”, “odiosa herencia de los españoles”, pero que no debe extrañar se permitan y se aplaudan “en la época luctuosa del imperio de los oligarcas antropófagos [sic], patronos descarados de la retrogradación más ignominiosa del despotismo y de la tiranía”.

paradigmas culturales con que se evalúa una realidad diferente; y, sobre todo, la forma en que, desde la mirada de un “nosotros” occidental, los “otros” son presentados como objeto de descalificación, primero, y de dominación, después, para finalmente justificar su aniquilamiento. Un sistema que, bajo otros nombres, contra otras culturas, hemos visto reiterarse a lo largo de nuestra historia, y que vuelve a hacerse patente en estos comienzos de siglo.

Buenos Aires, octubre de 2003